

*Sombra, la sombra sin orillas, ésa,
ésa es la que busco para mi alma!*

No es este Gutiérrez Nájera de *Después*; este Gutiérrez Nájera cojitabundo y casi en desesperación, ni el más conocido ni el más estimado, ni el que más leyeron y leen jóvenes y mujeres. Hay otro Gutiérrez Nájera, dentro de la quejumbre de incomformidad, mucho más popular en toda América: el Gutiérrez Nájera de *Mariposas*, por ejemplo; de *Ondas muertas*, de *Castigadas*.

Y existe un Gutiérrez Nájera, aun más célebre, con celebridad de salones y gineceos, el de las evocaciones suscitadas por *La Serenata de Schubert*.

*Todo lo vuelvo á ver... Pero no existe...
Todo ha pasado ahora... Y no lo creo!
Todo está silencioso, todo triste,
y todo alegre como entonces veo!*

Yo no me atrevo á decidir si paralelo al poeta de las lamentaciones se desarrolló, espontáneo, en Gutiérrez Nájera un poeta mundano, voluptuoso, de amores y galanteos—el Amor y la Muerte son hermanos —, ó bien si contribuyó á esta última dirección de su sensibilidad una causa ajena, social, pudiera decirse: las mujeres.

Á él, que tan pulcra y lindamente supo cantar de amor, acudían hermosuras vanidosas para que las cantase, y Gutiérrez Nájera, que tuvo entre sus virtudes la bondad y la galantería, prodigó su mirra. A veces la emoción no despunta por ninguna parte en estos versos de álbumes y abanicos, y sólo la

coquetería versal redime del olvido, que acaso merezcan, esos burbujeos de vino espumante.

*Que lleguen á admirarte tus huéspedes, señora:
el mago de Circasia, la reina de Bassora,
el opulento obispo y el pálido prior;
yo solo abrí las puertas y preparé la entrada
por el rastrillo al noble, por la ventana al hada,
y por la azul escala de seda recamada,
al verso que te busca, cual joven trovador.*

Otras veces acierta, poniendo á compás su pedestre labor de encargo y el vuelo solemne de la musa:

*Soñadora de dulce mirada,
de mirada profunda que sueña
y que baja del alma á lo hondo
y en lo hondo del alma se queda;
las Venturas, cual blancas palomas,
revolando sumisas te cercan,
y tu mórbido cuello acarician
y en tus hombros de nieve aletean.*

Aparte lo que pueda ser, aun en los más sinceros escritores, coquetería, farsa, *pose*; dando á la literatura lo que es de la literatura: el decorado pintoresco, el traje de luces, y concediendo al poeta lo que de mimo, de comediante posea, descubrimos siempre en Manuel Gutiérrez Nájera á un hombre bueno. Aunque á veces nos parezca su sentimentalismo sin pasión, es decir, fingimiento; aunque á veces el sentimentalismo fuera en él más bien hábito, manera literaria, antes que frescura y cándida

emoción de ingenuidad, puede asegurarse que ningún poeta de México, y pocos de América, escondieron semejantes californias de ternura en el corazón. Puede asegurarse también que pocos poseyeron tan mágico arte para sacar á relucir los tesoros de su mundo interior, en aureas rimas incrustadas de obscuras esmeraldas, que parecen esperanzas desesperadas, y límpidas gotas de diamante, que semejan lágrimas.

*
*
*

En ningún tiempo existió poeta menos "divino Herrera". De él no fueron, por fortuna, el énfasis, la retórica, la elocuencia, la sequía de sentimiento, la sobra de orgullo, la trabazón del hierro y del pámpano, que vale decir de la dureza heroica y de la garrulería sonora. ¡Á cuántos poetas ha perdido, aquende los mares, entre el Cantábrico y el Estrecho de Gibraltar esa poesía tribunicial! En España hasta los místicos carecen de ternura. La pasión de esta raza es combativa. En los propios coloquios y deliquios místicos de Teresa la Santa hay una virilidad cejijunta. Cree uno en ocasiones que la monja abulense va á exclamar, como en la copla conocida:

Si no me quieres, te mato.

Aquel mismo semi-alemán de Becquer, á pesar de ser un pozo de emoción, á pesar de su sentimentalismo tudesco, llegó á rugir en grito espontáneo de abolengo andaluz:

*entonces comprendí por qué se llora,
entonces comprendí por qué se mata!*

Y no produzcan ahora los patriotas, como suele ocurrir, listas de nombres propios que me desmientan. Pueden existir esos poetas sentimentales en España; ¿pero quién los recuerda? Semejante preterición saca "bueno mi parecer. No los hay ó, cuando los hay, se les olvida: no gustan. No son la flor ni el alimento del país; nada tienen de común con los claveles sevillanos ni con el garbanzo de Castilla.

Pero no olvidemos á Gutiérrez Nájera.

Este poeta del amor y de la muerte, este observador desesperanzado de la vida, que de la vida saca á menudo la tela de sus sueños, advirtió, después de otros muchos desilusos, desde Salomón hasta Kempis, y después de muchos otros rimadores, desde Omar Kayama hasta Leopardi, que el dolor es amo del mundo. El descubrimiento, á primera vista, no parece original, aunque lo es. Ese descubrimiento—que es la más profunda lección de la vida—lo realiza cada alma, casi siempre, á costa del propio infortunio; y, casi siempre, para cada alma es novedad, cosa inédita. El egoísmo nos había echado una venda sobre los ojos: nunca vimos el dolor ajeno. Ahora, cuando la vida arranca bruscamente la venda, vemos claro en nosotros mismos. El dolor nos sorprende. Descubrimos tierra incógnita, un mundo ignoto; un mundo que apenas suponíamos vagamente que existiese.

En cierto modo cada hombre, frente á frente de

la vida, es Colón. El adentrarnos más ó menos en lo ignoto depende de la audacia de cada uno de nosotros; y del talento de cada uno depende la seducción en la manera de exponer los descubrimientos.

El talento de Gutiérrez Nájera se transparenta en esta fórmula de su vuelta de América:

En ti somos, Dolor, en ti vivimos.

Ya sintiéndose algo Colón, ya con su América en la mano, ya con la conciencia de que el dolor domina la vida, prueba el poeta la noble y generosa condición de su alma, en el empeño de evitar el dolor á los que ama:

*yo sé que todo es dolor
pero ella no, no lo sabe.*

Desconfiando él mismo de sus fuerzas para luchar con la vida, solicita el apoyo de la divinidad, lo que es síntoma de un espíritu religioso:

*Y tu poder es tan fuerte
y tal luchamos los dos,
que ha llegado á aborrecerte:
ó ven más á prisa, ¡oh, muerte!
ó surge en mi sombra ¡oh, Dios!*

Este ritornelo no cesa. En otra parte el Dios invocado es el Galileo:

*Surge, surge, Jesús, porque la vida
ágil se escapa de mis brazos flojos,*

*y el alma sin calor, desfallecida,
muy lentamente cierra ya los ojos.*

Aunque D. Miguel Antonio Caro, el enorme crítico clásico de Colombia—uno de los repúblicos más ilustres de América, por sus virtudes, y de los más ilustres letrados por su saber y su vigoroso espíritu—; aunque hombre de ese calibre, superior á todos los Menéndez Pelayo y á todos los Valera de España, y sólo comparable con Andrés Bello, opine que á los poetas debe juzgárseles por lo que hacen y no por lo que piensan, es decir por sus cantos y no por sus ideas, parece imposible, á los ojos de una crítica más exigente que la crítica de Caro, en punto á ideas, no escudriñar el cerebro del poeta y saber lo que allí se esconde, ó lo que allí se produce. Las ideas son la fuerza motriz. ¡Cómo las pondremos de la c, sobre todo al considerar á poetas como Gutiérrez Nájera, en quien la concepción filosófica del universo fué, según advertimos por sus cantos, ancha fuente de pesimismo y amargura, no menos abundante que la de su temperamento delicado de sensitivo y sufridor!

Esta faz de su espíritu, no ha sido bien estudiada.

Al lado de este Gutiérrez Nájera triunfa con más facilidad y más éxito el Gutiérrez Nájera de los versos galantes y el maravilloso y único prosador, lleno de aticismo, de morbidez, de encanto, de voluptuosidad, de humor, de los cuentos y crónicas.

Escribo la palabra crónica á regañadientes. Crónica no es el nombre que corresponde á ese producto de Gutiérrez Nájera; no tiene ese produc-

to nombre en castellano por una razón muy sencilla: porque antes de Gutiérrez Nájera no existía la cosa.

Respecto á sus travesuras líricas: *Para el corpiño*, y otras por el estilo, son obritas maestras de frivolidad y de gracia que, sin embargo, poseen la gota de poesía indispensable á la eficacia perdurable, como algunas sortijas del Renacimiento, á pesar de su apariencia de fragilidad inocente, escondían la muerte, bajo la piedra preciosa, en unas gotas de veneno:

*La amapola, ya es casada;
cada mirto es un herido,
la gardenia inmaculada
es la blanca desposada
esperando al prometido.*

¿Qué mujer no recitó, no recita en la América boliviana versos de Manuel Gutiérrez Nájera? ¿Qué poeta no meditó aquellos solemnes endecasílabos de *Pax Animæ*?

*¿A qué pedir justicia ni clemencia,
—si la niegan los propios compañeros—
á la glacial y muda indiferencia
de los desconocidos venideros?*

.....
*¡Ay! Es verdad que en el honrado pecho
pide venganza la reciente herida.
Pero perdona el mal que te hayan hecho...
¡Todos están enfermos de la vida!*

En los últimos años Gutiérrez Nájera se entretu-

vo en componer á la manera clásica, semi-horaciana, aquellas *Odas breves* que Justo Sierra compara con ánforas del Cerámico. A mí me gustan poco. En algunas, no obstante, se advierte el ala del águila y se oye al zenzontle.

Este poeta tan íntimo ha compuesto asimismo, como para probarnos una vez más, no sólo su virtuosismo de metrificador, sino su variedad de aptitudes, un poema objetivo, como dirían los pedantes: el poema *Tristísima nox*. En resumen, la personalidad dúctil, plasmable, casi femenina por lo delicada, de Gutiérrez Nájera, se impone á pesar de él mismo, al través de los muchos poetas que leyó y de la obra cambiante y varia que deja. A pesar de todo, en todo se le descubre al momento, no por la garra, como al león, sino por piel blanca y felpuda como al armiño.

Yo no quisiera saber si leyó, con más ó menos provecho, á tales ó cuales autores. Muchos imbéciles pueden leer á esos mismos autores, imitarlos, transcribirlos. No llegarán á ser Gutiérrez Nájera. Los envidiosos, que lo muerdan; yo me contento con admirarlo. Y Gutiérrez Nájera es de aquel número de autores á quienes más se estima cuanto más se comprende.

Cuentan que era desgraciado, es decir, feo, y aun asegúrase muy feo. Su alma, tan bella, tuvo entonces el capricho de aquellas reinas de cuento, todas delicadeza, que se trajeaban de labriegas. El palacio pudo ser cualquier cosa; pero la dama que allí vivió, ¡qué gran señora!

*
**

¿De qué medios se vale Gutiérrez Nájera para producir la hermosura y arrebatarnos el corazón? Creo que su secreto consiste en oírse á sí mismo, en repetir las músicas y voces de su mundo interior, con el gusto ignato que la naturaleza le dió y que el estudio y el arte afinaron. Se dirá que así obramos todos... ¡Qué error! La mayoría pone entre sí y la obra que produce un velo de literatura, á veces artificioso y chocante, á ocasiones artificioso y bello, pero siempre ajeno á la esencia del espíritu. Espíritu desnudo, sin falsos ropajes, ¡cuán pocas veces hemos visto! Todos están enfermos de literatura.

En cambio, para Gutiérrez Nájera:

Todos están enfermos de la vida!

Él también, pobre poeta, estaba enfermo de vida, no de retórica, y de esa enfermedad suya se contagió toda una generación, porque esa enfermedad suya, como la de ciertas conchas marinas, producía perlas!

Esa ingenua fuente de poesía que él dejó correr de su alma triunfó de la aridez ambiente y fecundó campos ajenos. Por eso fué reformador, no con la prédica, sino con el ejemplo y por virtualidad de su acción. Poeta, no retórico, tan sincero fué en su emoción y en su expresión casi siempre, que la parte de subconciencia que hubo en su producción, y que caracteriza á los creadores, aun á los más reflexivos, él la confesó ingenuamente:

*Me preguntas, oh, Rosa, ¿cómo escribo?
¿De qué manera, con menudas hojas,*

*cintas de seda y pétalos de flores
voy construyendo estancia por estancia?
Yo mismo no lo sé. Como la tuya
es, Rosa de los cielos, mi ignorancia.*

*Yo no escribo mis versos, no los creo...
Viven dentro de mí, vienen de fuera;
á ése travieso, lo formó el deseo,
á aquél, lleno de luz, la primavera.
A veces en mis cantos colabora
una rubia magnífica: la aurora.
Hago un verso, y lo plagio sin sentirlo
de algún poeta inédito, del mirlo,
del parlanchín gorrión ó de la abeja...*

He ahí la poética, ó un buen capítulo de la poética de Manuel Gutiérrez Nájera.

El fondo de su ser literario fué siempre romántico: el alma del poeta siempre tendía hacia el sentimiento, como la brújula al polo, á pesar de cualquier obstáculo ó encierro. Las poesías de sabor ó tinte ultra-sentimental se encuentran á lo largo de toda su obra desde 1876 y 1877, cuando publicó sus poemitas de adolescente, hasta 1895, fecha de su muerte. De su romanticismo lo que iba cambiando era el aspecto, no la esencia.

El triunfo de la novela naturalista, el asistir desde el observatorio del periodismo al drama social contemporáneo; la vida, en suma, á que no pudo sustraerse; la vida, con lo que ella tiene de enseñanzas humildes y de lecciones profundas le hizo componer poemitas de carácter semi-realista como *Calicot*.

El pobre tenderito francés oye que tocan. Es el cartero:

*Entra á la pobre casucha,
sube listo la escalera,
y se quita la cachucha
y desata la cartera.*

El tenderito recibe la carta trágica que le anuncia la muerte de su madre.

*Las manos, lacias y flojas,
abre en hondo desconsuelo,
y de la carta las hojas
caen arrugadas al suelo.*

*Ya no es posible que acabe
de leerla; ¡ya no ve!
¿Para qué, si ya lo sabe?*

¿Para qué?

El triste añora su hogar, su infancia. La noche discurre entre lágrimas. Pero no puede entregarse, con libertad, al dolor ni á las nobles recordaciones. El deber lo llama.

*Ya los últimos luceros
la mañana disipó...
Pasan ya tus compañeros...
Al trabajo, Calicot.*

De esta propia tendencia son asimismo: *La duquesa Job* (1884); *Lápida*; aquella, cuyo título no recuerdo, donde pone á disputar á dos jóvenes desposados enfrente de la cuniña del hijo que están esperando, y algunas otras.

De 1880 es la preciosa y bien grabada

LÁPIDA

*Mucho silencio bajo los pinos,
la luz apenas se atreve á entrar
en esa calle de verdes tuyas
donde se enreda la obscuridad.*

*¡Cuántos amigos en los sepulcros
de blanco mármol ó piedra gris!
¡Cuántas alfombras de «no me olvides»
miro olvidadas en el jardín!*

*¡Abajo, siembras, techos y torres;
el panorama de la ciudad,
el terso lago que duerme inmóvil,
la caravana que lenta va!*

*Y en este cerro desnudo y triste,
el alta reja, la férrea cruz,
y un jardinero que indiferente
mira el cortejo del ataúd.*

*Ya hemos llegado: ya abren la fosa,
suenan los golpes del azadón,
y el sacerdote, breviario en mano,
reza las pœces á media voz.*

*Los circunstantes, formando grupos,
muy pensativos la fosa ven,
y cada uno se dice triste:
¿Cuándo en su seno reposaré?*

*Otros recorren las avenidas,
los epítafios leyendo van;
hablan de aquella que ya no existe,
de la que llevan á sepultar.*

*¡Cuántos semblantes que nada dicen!
¡Cuántos dolientes de mal humor
porque se alargan las ceremonias,
corren las horas y quema el sol!*

*Uno se burla de los sepulcros;
otro contempla con ansiedad,
la tierra oscura, la blanca tumba
donde sus padres durmiendo están!*

*Sobre la arena recién regada
descansa inmóvil el ataúd...*

.....
*Y en esa caja negra y angosta,
ya para siempre reposas tú!*

Si este cuadro no se considerase de carácter realista, ¿cómo clasificarlo? Realista lo es, hasta en las enumeraciones.

Cítase íntegra esta pieza, no sólo por sencilla, blanca y bien cincelada, sino para que abone la opinión que se sustenta.

Cada vez que se haga en estas páginas una cita será ése el principal objetivo: que testimonie y valide el parecer del crítico.

Indícanse las fechas, no por capricho, sino para que por las fechas se examine y estudie la obra del poeta, á medida que se iba produciendo.

Así será fácil advertir que Gutiérrez Nájera no obedeció á una evolución literaria metódica que lo condujese del romanticismo al realismo, y del realismo al modernismo. No. Gutiérrez Nájera, que apareció en nuestro medio intelectual americano, en momento de transición, de alborico, de llegar á una

encrucijada de escuelas, refleja en su obra ese instante de tanteo y de ensayos de vuelo que duró diez ó más años; los mejores de su vida literaria.

No hubo lógica en su obra ó hubo una lógica superior: la del momento, ó la de sus lecturas entreveradas, ó la de su temperamento impresionista.

Sus primeros versos (1876-1877) son románticos. Esa blanca *Lápida* realista que hemos admirado es de 1880. El óleo, *d'après nature* ó casi casi, titulado *La duquesa Job* es de 1884. En cambio, *Tras los montes*, una ebriedad romántica, es de 1884; y *La serenata de Schubert*, hito sentimental de este soñador, de 1888.

Según se advierte, coexisten y alternan ambas manifestaciones de arte: la del sentimental y la del observador, la que lo coloca á dos pasos de Lamartine y la que lo distancia.

Con las composiciones que, ajenas á las dos tendencias indicadas, revelan al Gutiérrez Nájera nuevo, al Gutiérrez Nájera contemporáneo del simbolismo francés; aquellas composiciones por las que puede considerársele, no únicamente precursor, sino columna del modernismo en América, ocurre lo propio: no obedecen á una orientación fija, sino alternan con las de otro carácter. Las hay de 1890 como *La misa de las flores*, maravilla de gracia; *De blanco*, especie de sinfonía en blanco mayor, apareció el año 1888, y en 1884, *Nada es mío*, de frescura y encanto inmarcesibles.

Pero si el tiempo ha corrido, no mudó en el alma del poeta aquel fondo ó cimientito sentimental que lo hará sollozar *La serenata de Schubert* en

1888, ni aquél observar lo circunstante, con ojos cargados de alma. En 1893 apareció su maravilloso *Salmo de vida*, mezcla de imaginación, de realidad, de simbolismo; pieza hermosísima en que se funden ideas y sentimientos como los tintes opalescentes, dorados y róseos del crepúsculo.

Se trata del arribo de la primavera, como símbolo de renovación de la vida y de renovación de Psique, ó sea el resurgimiento del espíritu después del dolor. Jamás tan manoseado simbolismo, jamás, fué encarado tan gallarda y líricamente. La enferma que se levanta del lecho, en el poema de Gutiérrez Nájera, es el Alma:

*Tú que las iras del invierno calmas
nuestra inquietud, nuestro temor serena...
¡Qué gozo! ¡Ya está sana! ¡Ya está buena!
¡Ya estás, oh Primavera, en nuestras almas!*

Este poema es de lo más profundo y hermoso que produjo, en su laboriosa carrera, el admirable hijo de México.

Hablo de simbolismo, de romanticismo, de realismo, para servirme de palabras conocidas que puedan, á los ojos de todo el mundo, ir marcando los pasos de este soñador por los campos de la poesía.

Pero mucho se engañará quien, por esas etiquetas, que pegamos, un poco arbitrariamente, á las composiciones de Gutiérrez Nájera (para facilitar el clasificarlas) juzgase, ignorante de la obra de este poeta, que este poeta carece de personalidad y

se mueve, como el gallito de metal en las iglesias nórdicas, según la dirección del viento que sopla. No. Gutiérrez Nájera no obedece, en verdad, sino á su propio ser: y por eso, porque fué sentimental, siempre permaneció sentimental el fondo de su poesía.

Hombre capaz de impresionarse por cosas de varia índole y aun de índole antitética—que no en balde poseía extraordinaria sensibilidad—fué capaz de reflejar emociones distintas en su arte. Pero á todo cuanto salió de su pluma, puso aquel su señorial sello.

En puridad de verdad no fué hombre de escuelas. Sino que, sensitivo sincero, no pudo sustraerse á las varias sollicitaciones de la naturaleza ó á las diversas sugerencias del Arte de su tiempo.

Obedeció á su temperamento y á su época. Pero fué él, muy él. Su personalidad y su obra, muelles, dulces, púdicas, casi femeniles, son inconfundibles.

*
**

Aunque Darío empezó á imperar desde 1892, más ó menos, aunque el modernismo de América tomó por caminos distintos á los que siguió Gutiérrez Nájera—que sin embargo fué, en cuanto poeta de transición, precursor de los modernistas, la influencia del claro soñador mexicano sobrevivió en Amado Nervo, Luis G. Urbina y otros metrificadores del Anahuac. En Venezuela suscitó la vocación lírica de otro elegista, en quien un intenso amor de la naturaleza se unió á la melancolía innata que fué acaso en él presentimiento del más crudo infortu-

nio y de la muerte de hospital que lo esperaba antes de los treinta años. Me refiero á Víctor M. Racamonde. No hubo quizás país de nuestra América donde no se imitase á Gutiérrez Nájera; y, sin quizás, ninguno existe donde las mujeres dejasen de rendirle culto. Yo he encontrado su retrato en un rancho de las soledades orinocences, entre una virgen del Carmen y un ramo de flores.

La Revista Azul, que dirigió Gutiérrez Nájera en la capital de su país por los años de 1892 y 1893, si la memoria no traiciona el recuerdo, contribuyó á divulgar la obra del poeta en el Continente del Sur. Cuando murió, aún joven, en 1895, su muerte fué para los literatos novomundanos un duelo casi continental, á pesar de la dolorosa incomunicación de nuestros centros intelectuales.

Manuel Gutiérrez Nájera, representa en la historia literaria de América, lo que representan Miranda ó Nariño en su historia política: fué un Precursor (1).

R. BLANCO-FOMBONA

Madrid, 1915.

(1) Estas páginas, indignas del admirable poeta que las inspira, han sido escritas á trompicones, por compromiso de última hora. No escasearán repeticiones y hasta contradicciones. A medida que se han ido escribiendo las cuartillas, han ido saliendo para la imprenta. Ni siquiera se han podido revisar, bien, las pruebas.—R. B. F.

INDICE